

LECCION DE INGRESO

Como Amigo de Número de la
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

ESTEBAN DE GARIBAY:

UN GUIPUZCOANO EN LA CORTE

DEL REY FELIPE

Por

Jesús Moya Mangas

En la galería de vascos ilustres, Esteban de Garibay (1533-1599) es personaje de segunda fila. No es un Ignacio de Loyola o un Francisco Javier, ni un Sebastián de Elcano o un Legazpi o un Urdaneta, ni un Alonso de Ercilla, por limitarme a vascos de su siglo, de relevancia mundial. No fue un gran poeta como su paisano Lope de Aguirre, tan conocido por la novela "El último vasco".

Con todo, es interesante. De entrada, se atrevió a publicar la primera "Historia de España" (Amberes, 1571), adelantándose a otros que la habían dado a luz solo parcialmente. Llegó a ser además cronista oficial del rey de España, Felipe II, y en este oficio publicó otra obra tan monumental como disparatada sobre genealogía del rey. En fin, dejó una serie de manuscritos inéditos, escritos de su mano (la que él llama "un obra no impresa") sobre cuestiones genealógicas principalmente. Por todo ello se explica el interés que la Real Academia de la Historia ha traído hacia la obra de Garibay, como custodia de esos manuscritos.

El último tomo de ellos (el II^o) lo publicó Pascual Gayangos hace siglo y medio (Madrid, 1854) en un volumen del "Memorial Histórico Español. Colección de documentos para la Historia de España". Esta forma de publicar, que se repite para interesar a un gran público. Pero la cosa se hizo más interesante cuando el título que le puso el

Lección expuesta en Bilbao,
el 1 de diciembre de 1999,
en el Salón de Actos del
Archivo Foral de Bizkaia.

LECCION DE INGRESO
Como Amigo de Número de la
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

Por

JESUS MOYA MANGAS

En la galería de vascos ilustres, el cronista Esteban de Garibay (1533-1599) es personaje de segunda fila. No es un Ignacio de Loyola o un Francisco Javier, ni un Sebastián Elcano o un Legazpi o un Urdaneta, ni un Alonso de Ercilla, por limitarme a vascos de su siglo, de relevancia mundial. No fue un aventurero mítico, como su paisano Lope de Aguirre, tan conocido por la novela y el cine.

Con todo, es interesante. De entrada, se atrevió a publicar la primera *"Historia de España"* (Amberes, 1571), adelantándose a otros que la habían dado a luz sólo parcialmente. Llegó a ser además cronista oficial del rey de España, Felipe II, y en este oficio publicó otra obra tan monumental como disparatada sobre genealogía del rey. En fin, dejó una serie de mamotretos inéditos, escritos de su mano (la que él llama "mi obra no impresa" sobre cuestiones genealógicas principalmente. Por todo ello se explica el interés que la Real Academia de la Historia ha tenido hacia la obra de Garibay, como custodia de esos manuscritos.

El último tomo de ellos (el 11.º) lo publicó Pascual Gayangos hace siglo y medio (Madrid, 1854) en un volumen del "Memorial Histórico Español. Colección de documentos inéditos para la Historia de España". Esta forma de publicar no era la más indicada para interesar a un gran público. Pero la cosa se complicó más aún, por el título que le puso el

editor: *Memorias de Garibay*. Una obra compleja, con núcleo autobiográfico. Sobre esta edición han venido trabajando los eruditos —de público, repito, no se puede hablar—, entre los que hay que señalar a Julio Caro Baroja en su ensayo *Los vascos y la Historia a través de Garibay* (1973). Tanto Caro como los demás han trabajado fundamentalmente sobre la edición de Gayangos, y no sólo por comodidad, sino porque el manuscrito autógrafo es de lectura bastante difícil, a menudo penosa, y a trechos angustiosa. Ello es debido al método de trabajo que siguió el autor, a base de tachar y enmendar, entrelínear, pegar y sobrepegar recortes de papel, con el consiguiente corrimiento de tinta... Tanto es así, que estoy convencido de que Gayangos para su edición no se valió directamente del autógrafo, sino de una copia tardía que también guarda la misma Real Academia, y que seguramente se sacó a la vista del deterioro del original. Por algo el sagaz don Julio recomendaba “hincarle el diente” al autógrafo de Garibay. Y éste ha sido mi papel en esta historia.

Hace unos años se nos planteó reeditar esta obra autobiográfica del escritor mondragonés, sobre la base de la edición de Gayangos. Aun así, me pareció indispensable tomar contacto directo con el autógrafo, en parte por seguir la recomendación de Caro, como también por incongruencias que detecté en el texto editado. Fue entonces cuando comprendí la dificultad del autógrafo, y en un principio casi me conformo con poner al día la edición de don Pascual. Ahora bien, entre sus incongruencias, para mí la más grave era el propio título de *Memorias de Garibay*.

Un título en verdad sorprendente, al menos según lo que se suele entender por ese género literario de las “memorias”, donde el autor sabe salir de sí mismo, incluso hasta convertirse en una especie de voz en *off*, para dar su visión y su versión de los personajes y hechos que le rodearon. Aquí no. Aquí el autor se hace omnipresente, para hablar casi en exclusiva de sí mismo. De hecho, Gayangos, para justificar el título, tuvo que inventarse el de uno de los capítulos, donde supuestamente Garibay se aludiría como “el autor de estas *Memorias*”. Garibay no habló de nada de eso, sino del «*discurso de mi vida*». Alguna vez usará el plural, “*discursos*”, pero eso no cambia la cosa.

La expresión “*discurso de mi vida*” se empleó en la segunda mitad de aquel siglo XVI y en el siguiente para designar la obra autobiográfica

ca: aquélla donde el autor es a la vez objeto y sujeto protagonista de su relato. En este sentido, es indudable el carácter autobiográfico de esta obra, que es a la vez un memorial de servicios (o supuestos servicios) prestados a la provincia de Guipúzcoa y a la corona de España. Pero aunque podamos hablar de autobiografía, titularla así, "Autobiografía de Garibay", sería anacrónico. Ya el propio término "discurso" era neologismo en la época —recordemos que Juan de Valdés en el "*Diálogo de la lengua*" (1535) recomendaba introducirlo en la castellana—, en la acepción más o menos aproximada que ofrece Covarrubias en su "*Tesoro de la Lengua Castellana o Española*" (1611): «*Tómase por el modo de proceder en tratar algún punto y materia, por diversos propósitos y varios conceptos*».

Garibay, como la mayoría de escritores del Siglo de Oro, maneja su léxico castellano con precisión, y por derecho figura entre las autoridades del idioma. Quédese, pues, su trabajo como "*Discurso de mi vida*". Este es el título que le he devuelto en la edición que acabo de publicar, de la parte autobiográfica del volumen, principalmente (Bilbao, UPV/EHU, 1999), como homenaje al autor en su IV Centenario.

En mi opinión, este título, aparte de más auténtico, tiene la ventaja —como lo he recordado en mi estudio introductorio— de dejar a quien discursa desempeñarse a su gusto, lo mismo si quiere confesarse, psicoanalizarse, o por el contrario, embozarse y disimularse, o si desvara hacia la picaresca. De todo hay.

Garibay fue un personaje discreto, que corrió su aventura personal en la España filipina. Un emigrante vasco más, que, al escribir sobre sí mismo, dejó un testimonio impagable sobre aquella doble sociedad en que le tocó vivir: la de su Guipúzcoa natal y el entorno vascongado, por una parte; y por otra, la de la Toledo imperial, y la del Madrid capital de España y del imperio más vasto que había conocido la Historia. Con la conquista de Portugal (1580), Felipe II borra la raya del tratado de Tordesillas y dobla sus posesiones ultramarinas.

Pero cuidado: el testimonio que nuestro personaje va desgranando en un prolijo discurso autobiográfico no es el que correspondería al historiador que fue, o al cronista regio que aspiró y llegó a ser. Nada de eso. Es un discurso cerrado sobre sí mismo, sus preocupaciones perso-

nales y familiares, sus esfuerzos por abrirse camino en una sociedad que no es la suya, que utilizará sus servicios y al mismo tiempo le ignorará, hasta relegarle al olvido. Garibay, orgulloso o digno, paga en igual moneda, y cuando alguno de sus protectores le ofrezca un empleo y un pasar, lo declinará alegando que su meta está en servir directamente al Rey. El Rey, o nadie.

He mencionado la picaresca. La novela picaresca española nace perfecta en la obra conocida como *"Lazarillo de Tormes"*. Lázaro, en primera persona, dirige un discurso autobiográfico realista y verosímil a un anónimo destinatario oculto bajo el tratamiento de Vuesa Merced. El mismo procedimiento seguirá Quevedo en la más sombría, esperpéntica y caricaturesca *"Vida del Buscón"*.

Al lado de esas obras de ficción, el Siglo de Oro ofrece relatos autobiográficos de personajes reales, llámense Diego de Simancas, Duque de Estrada, el capitán Alonso de Contreras y otros. Hasta un escritor de cosas de Indias como Fernández de Oviedo no duda en interpolar noticias autobiográficas, como actor que se siente en aquella aventura prodigiosa de la conquista americana. ¿Acertaré si digo que, dónde más, dónde menos, tales discursos autobiográficos evocan a menudo eso que llamamos "picaresca"? Y es que, en una sociedad retorcida y barroquizante, resulta muy improbable hablar, pero sobre todo escribir uno sobre sí mismo, y hacerlo en primera persona, sin que alguna vez asome un arrebol de insinceridad, una punta de cinismo.

El caso Garibay no escapa a esa apreciación. Mi primera lectura de su *"Discurso"* me dejó perplejo. Claro que yo venía influido por el seudotítulo de *"Memorias"*, que no las veía por ninguna parte, y eso me creó gran duda sobre el verdadero género literario del documento. Por momentos pensé que era alguna broma. El elenco de personajes citados, muchos de ellos conocidos, daba a entender que el discurso iba en serio; pero a la vez, la minuciosidad obsesiva, y sobre todo, la presentación material del autógrafo, con sus recortes y tachaduras, sus pegados y sobrepegados, no era de lo más tranquilizador. El aplomo increíble del autobiógrafo, su desconocimiento de la duda, su práctica inerrancia rayana en la infalibilidad, el énfasis en el detalle intrascendente, cierto perfeccionismo maniático, etc., traían a la mente una y otra vez el fantasma de la obra de invención, y yo diría, invención picaresca, como es por-

pio del individuo que tiene que reconstruirse una alcurnia para “ser alguien” y ponerse a la altura de sus pretensiones. Picaresca que a veces se transmuta en comicidad y humorismo.

Por otra parte, a ninguno de los que se ocuparon de la persona de Esteban de Garibay, a Gayangos, al biógrafo Fausto Arocena, y sobre todo al sagaz Julio Caro Baroja, autor del más completo estudio (hasta la fecha) sobre el personaje —por no citar a Nicolás Antonio—, a ninguno, digo, parece que se le pasó por la cabeza el que su don Esteban hubiese trapeado aquí o allá, a la manera de los pícaros: los de la vida real, y los de novela. Y eso que ya algunos estudiosos modernos, e incluso otros más antiguos, y aun contemporáneos del autor, creyeron sorprenderle en renuncio. De los modernos, recordaré a José Simón Díaz, quien se permitió dudar de la sinceridad de Garibay en un trabajo que esta Sociedad Bascongada publicó en su “Boletín” (1946), aunque no cayó demasiado bien en ella, por considerarlo “hipercrítico”.

La cuestión es si el fabulador tiene que ser consciente de que fabula, si el pícaro tiene que saber que lo es, si el humorismo es siempre intencional. Y la respuesta me parece: no. No necesariamente, ni siempre. Basta un ramalazo de aquel genio o espíritu que agitaba a Don Quijote, para que un autobiógrafo pueda ensartar en un mismo hilo discursivo perlas de acierto y vidrios de dislate; suscitar reflexión y risa; trufar historia e historias; mechar realidad con fantasía. Metido en trance, el autobiógrafo puede padecer autismos sin perder un ápice de sinceridad. Su discurso, formalmente lúcido, puede encubrir un terreno movidizo de alucinaciones.

Volviendo a los garibayólogos, yo diría que casi todos los citados han mantenido hacia don Esteban una actitud un tanto hagiográfica. Veamos, por ejemplo, el diagnóstico de Caro: «*Garibay es un hombre humilde y sencillo, que considera reverencialmente a los grandes de la tierra, en los que casi nunca nota defectos*». «*Garibay, hombre de buena fe*». «*El cándido, pío y beatísimo cronista*». «*Un hombre de inteligencia media*»... Esas cosas (y que me perdone don Julio) se suelen decir de un simplón o bobo de solemnidad; cosa que el cronista no fue. Ni siquiera creo que fuese lo que se entiende por una “buena persona”, pues ni los tiempos ni la sociedad en que se movió valoraban esa figura, y el lenguaje coloquial no distinguía bien entre un buen hombre y un pobre

hombre. ¿Acaso no nos ocurre algo parecido a nosotros? En aquel mundo de pícaros cada vez más descarados, hay que reconocer a nuestro personaje que, él por lo menos, jamás se descaró.

Para complicar más el problema del género literario, interviene un hecho enigmático. La mitad del texto de una obra pretendidamente autobiográfica se ocupa de genealogías. Si se tratara de sus ancestros familiares nada habría que objetar, pues en la mentalidad de entonces el hombre no era sólo hijo de sus obras, sino de su sangre: sus apellidos, o como hoy decimos, sus genes. La sangre física (¿cuál otra, si no?) era el soporte biológico del linaje, limpio o manchado. Lo que causa perplejidad es que Garibay se embarca en largas y prolijas excursiones por vidas ajenas, venteando a una serie de familias de Mondragón, Oñate, valles de Aramayona y Léniz, y provincia de Alava... También ofrece una segunda versión del incidente banderizo de la quema de Mondragón, introducido por él como relevante para la Historia de España. Y una improvisada lista de los padres generales de la orden de los Mínimos de San Francisco de Paula: una orden palaciega en la corte de Francia, ya desde su fundador, y que se embarcó en las operaciones de la Liga Católica... Digresiones, sin duda. El propio autor lo reconoce, cuando repite: «*vuelve el discurso a su intención primera*» etc. La pregunta es: ¿a santo de qué esas digresiones?

No olvidemos el contexto en que se inserta este volumen: es el “tomo oncenno” y último de una serie de infolios misceláneos, cuyo hilo director es un estudio genealógico de las “dignidades seglares” del reino (se entiende, de Castilla-León). Ahora va a dedicarse a sí y a los suyos, los dos hijos varones supervivientes de su segundo matrimonio, Luis y Esteban Félix, explicándoles sus progenies «*para cualesquiera cosas futuras*» —por ejemplo, perspectivas de Iglesia, o empleos—, pues «*la culpa fuera mayor en mí en descuidarme en mis cosas, habiendo trabajado tanto en las ajenas*». Y concluye: «*Escribiré a lo último un discurso de mi vida, por sus debidos tiempos y años, para que mis hijos, leyéndolo alguna vez, se esfuercen a oponerse con mayor ánimo a los estudios, cuya vía deseo que profesen*», etc. De ahí la inclusión minuciosa de genealogías propias. Y no sólo por ilustración de linaje. Cualquier pretensión social —una colegiatura, una familiatura del Santo Oficio, un beneficio eclesiástico, las exenciones por hidalguía, etc., etc.— requerían una ejecutoria basada en encuestas y deposiciones juradas verbales de

testigos en los lugares de origen. El propio autor hubo de pasar por ello, sin género de duda, para ser familiar de la Inquisición de Logroño.

Y cuando, ya cuarentón, se casa con la quinceañera doña Luisa de Montoya, toledana oriunda de la Ribera alavesa, coincidiendo con el ingreso de un hermano de ésta en la nómina de la Inquisición de Llerena, Garibay orienta las investigaciones y aprovecha los resultados para trazar el origen de los Montoya, sin omitir distancias entre lugares, a efectos de calcular dietas y gastos notariales para un futuro. Es sabido que “todos” los vizcaínos y guipuzcoanos, y “los más” de los alaveses eran hidalgos por naturaleza, pero eso no excusaba de “pasar por la Sala” (la de hijosdalgo vascongados en la Chancillería de Valladolid) si uno quería tener los papeles en regla, ayudando de paso al fisco. La hidalguía, el “más valer”, era un atributo muy a merced de la opinión de las gentes, y por ello se resentía mucho de la falta de ejercicio. Lo dijo muy bien Jorge Manrique:

*«Pues la sangre de los godos
y el linaje y la nobleza
tan crecida
¡por cuántas iras y modos
se sume su gran alteza
en esta vida!*

*Unos por poco valer
¡por cuán bajos y abatidos
que los tienen!
Otros que, por no tener,
en oficios no debidos
se mantienen».*

A Garibay el “poco valer” jamás le preocupó. Sí, en cambio, el “no tener”. Y eso podía ser grave para un pretendiente, según aquello de Sancho Panza: *«dos linajes solos hay en el mundo (como decía una agüela mía), que son el “tener” y el “no tener”»* (Quijote, 2, 20). Por eso el muy apretado en lo económico don Esteban se aferrará a pretensiones de “tener”, que para el lector de hoy suenan a picaresca. Por lo mismo, se extenderá en tramas y relaciones familiares e interfamiliares, hasta generar una *nomenklatura* de su deudos, amigos y gentes de su parcialidad, más allá de la familia. Esta es la explicación que se me ocurre para

esa maraña genealógica, que hoy a los no guipuzcoanos ni preocupados mayormente por el tema genealógico les suena a música celestial. Maraña que en ningún caso debe distraernos de la sustancia del “discurso vital” del propio Garibay.

El “*Discurso*”, como he dicho, es un memorial de méritos traducibles en pensión dineraria, que el autor pone por escrito a beneficio de sus sucesores, sin duda previendo la catástrofe familiar que se les viene encima, desaparecido Felipe II. Un Garibay arruinado por la extravagancia de publicar su “*Compendio historial*” en Amberes sabe que no es santo de la devoción del príncipe don Felipe (el futuro Felipe III), que ya se mueve en otra órbita de mentores políticos. «*¡Ay, don Cristóbal, que me temo que le han de gobernar!*», confesaba Felipe II a su leal Cristóbal de Moura. Garibay lo indica con sutileza: durante sus audiencias con el rey, explicándole las espesuras de su frondoso ramaje genealógico, la infanta Isabel Clara Eugenia —simpatizante del autor, y que incluso había aprendido a leer por su “*Compendio*” o Historia de España, como él lo recuerda ufano— permanecía atenta junto a su padre, mientras que el principito entraba y salía a ratos. Podemos imaginar que en sus salidas haría reír a otra concurrencia palaciega de antesala, repitiéndoles cómo su Señor padre se entretenía con el guipuze tratando del rey merovingio Faramundo.

En efecto, morirá don Felipe (el 12 de septiembre de 1598), y su hijo vendrá de la mano del marqués de Denia, Francisco de Sandoval y Rojas, mientras que Moura será apartado como virrey a su país. Don Rodrigo Vázquez de Arce pierde la presidencia del Consejo de Castilla, ¡y de qué modo!: «*Decid qué color se ha de dar a vuestra salida*», le espetta el nuevo don Felipe. Y así sucesivamente. Garibay, siempre propenso a somatizar sus disgustos, se pone enfermo terminal casi a la par de su “capitán” Felipe II, y a la manera de los *devoti milites* romanos, le muere con un año de retraso.

Esteban de Garibay y Zamalloa nace en Mondragón un domingo 9 de marzo de 1533, por la tarde, «*como se escribe en el capítulo 12 del libro 30 de la dicha mi “Crónica” impresa, a la hora y día mismos que la dicha doña Pascoala mi abuela había predicho en la hora de su muerte a su hija doña Catalina mi madre*» (“*Discurso*”, 3, 2). En efecto, Garibay tuvo la genialidad de consignar, entre los hechos memorables

de aquel año 33, el del descubrimiento y conquista del Perú, su propio nacimiento. Por otra parte, le vemos atento a profecías, señales, horóscopos y toda suerte de coincidencias y cábalas, muy a la moda de su tiempo. Así por ejemplo, cuando Esteban nace en Mondragón, su padre estaba en Toledo; y cuando el padre muere en Mondragón, su hijo recibe la noticia en Toledo, «en la plaza de Zocodover, a la entrada». Lo que no nos dirá nunca Garibay es qué hacía su padre en Toledo en aquellas fechas críticas, ni qué pintaba él mismo en Zocodover, con la mujer muriéndose en Mondragón. Como nos ocultará tantas cosas que hoy parecen consustanciales al género autobiográfico.

Don Esteban de Zamalloa y Garibay, como su mujer doña Catalina de Sagurdiá y toda la familia eran gente devota, en un contexto de piedad jesuítica. Esteban de Garibay fue un poco clérigo. Tanto él, a los 11 años, como su hermano menor Juan de Zamalloa reciben del obispo de Calahorra la tonsura que les abría las puertas de los beneficios eclesiásticos. Juan se licenció en Alcalá y fue sacerdote secular, incluso aspirante a obispo del Cuzco. Esteban, en cambio, ingresó en la universidad de Oñate, acabada de estrenar, para graduarse en derecho; pero lo dejó porque, según un tío materno, esta facultad era «*muy peligrosa para el alma*». Lo cual quiere decir que nunca tuvo titulación académica, y sorprende la permisividad (o tal vez la picaresca) que le permitió moverse a sus anchas entre bachilleres, licenciados y doctores, no ya como uno entre ellos, sino como una eminencia capaz de dar lecciones en materias tan variopintas como la historia, diplomática, arqueología, blasón y genealogía, geografía, historia civil y eclesiástica, economía, bienestar social y derecho.

Se le encargará (bien a su pesar, según dice) la censura de obras, y él se meterá a corregirlas y mejorarlas («*trabajé más que el autor*», llega a decir), sin que nadie se lo pida ni agradezca. Se le consulta sobre privilegios e inmunidades antiguas. Se somete a su veredicto nada menos que la compilación del derecho guipuzcoano, obra de juristas y foralistas como Cruzat; y él, por supuesto, no la aprueba, y propone otro sistema mucho más acertado. Al cardenal Quiroga, arzobispo de Toledo, le explica cómo hay que escribir una España Sagrada, mucho antes del nacimiento de Enrique Flórez. En fin, ya cronista regio, se le pide un proyecto de biografía oficial de un decrépito Felipe II, y él responde no con uno, sino con dos esquemas, naturalmente para no realizar ninguno...

Díganme entonces ustedes si también yo pequé de hipercrítico, cuando en mi primera lectura me asaltó el fantasma de la picaresca, a propósito de nuestro hombre. ¿Imaginaríamos hoy a todo un graduado escolar autodidacta censurando y corrigiendo a un Tuñón de Lara en historia? Pues ese fue Garibay frente al historiador agustino Jerónimo Román, a propósito de su original ensayo sobre "*Las repúblicas del mundo*"; jactándose de que, por no ajustarse a su censura, la obra terminó en el "*Índice*" expurgatorio.

Garibay era un autodidacta muy enterado, y a la vez muy atento a su conveniencia personal ("a lo tuyo, tú"), y atento a la voz de su amo. Su amo virtual fue el Rey. Pero su verdadero amo, al que sirve como cliente, y le besa las manos, fue Juan de Idiáquez.

Garibay y Mondragón. La primera mujer de Garibay, Catalina de Asurduy, era de familia levítica, sobrina del arcipreste de Mondragón don Pedro Ibáñez de Gamboa —un apellido de resonancia gamboína—. Cuando les casaron (1556), entre las capitulaciones de rigor figuraba que el tío traspasaría el arciprestazgo al hermano de Esteban, Juan de Zamalloa. Esto tiene sus puntos de curiosidad, que son tres, y nos ilustran sobre la mentalidad de entonces: 1) Un arciprestazgo tan importante como el de la villa guipuzcoana, y con el Concilio de Trento en marcha, era transmisible; de hecho estaba muy vinculado, junto con otros beneficios eclesiásticos, al clan familiar de los Gamboa. 2) Juan de Zamalloa, clérigo y padre de un hijo natural que luego fue fraile agustino, no estaba ordenado *in sacris*, y se hizo ordenar precisamente para ocupar aquel cargo y beneficio. 3) El arcipreste Gamboa no anduvo listo en "hacer la resignación", y un ictus cerebral le privó de hacerla. Así Juan se quedó sin arciprestía, y el clero mondragonés se libró de aquella familia. Garibay, por su parte, se venga canonizando al viejo y denigrando al clero secular, que con aquella muerte «*dio una gran caída..., como bien lo han palpado los que vieron su tiempo y ven el presente*». Se vengará también, con ánimo banderizo, atizando una rivalidad artificial entre la parroquia y el convento de franciscanos, que él manipulará a través de los patronos Bolívar-Garibay. Pleito literalmente "de campanario", pues arrancó de los derechos a ciertos toques de campanas. El resultado del litigio fue que Garibay vivo nunca más puso los pies en su tierra.

Del enigma Garibay —porque nuestro hombre sigue siendo un enigma, al que yo me he asomado, sin poderlo esclarecer— quiero destacar las facilidades que encontró (graduado escolar, repito) para investigar y escribir su gran *“Historia de España”*. Viajes de estudio supuestamente realizados, archivos aparentemente francos, mentores aparentemente propicios, financieros aparentemente bolsiabiertos, políticos aparentemente valedores. Y para colmo, la sospecha de si nuestro joven historiador fue plagiario. El benedictino fray Antonio de Yepes (1554-1618), una generación después, y que imprimió su obra magna no en Amberes, sino en Irache (Navarra), ironiza sobre aquellas facilidades del antecesor guipuzcoano.

Con la minuciosidad —y con la prisa— de un correo, Garibay enumera las etapas de su viaje de vuelta de Amberes a España, y las peripecias que le ocurrieron. Este último verano hemos reandado ese camino, admirando la nula curiosidad turística del autor, sin poder evitar la impresión de que realmente era un correo, un agente secreto cuya misión obviamente calla. He ahí otro enigma de su vida: a qué clase de averiguaciones se dedicó, y para quién, ya desde mucho antes de encaramarse en la atalaya cortesana. Su discreción no impedirá que aquí y allá aflore el rasgo cómico-picaresco.

Queda otro enigma, que quizá no lo es tanto: su papel como corredor de reliquias. Aquí sí es fácil entender a un Garibay comulgando con aquella vesania de invenciones, chamarileos y traslados de cuerpos santos. El culto relicario fue una seña de identidad católica, frente a los protestantes que violaban sepulcros, descabezaban imágenes y aventaban reliquias. Pero en la España filipina, empezando por el propio rey, la devoción enferma propició un tráfico relicario como no se había visto desde la Edad Media.

Al hablar también aquí de enigma Garibay, me refiero a qué papel exacto le dieron, o se atribuyó, en operación tan importante como fue el traslado de Santa Leocadia desde Bélgica a Toledo. Se mezcla lo tragicómico y picaresco, con la duda sobre la sinceridad de Garibay y el protagonismo que se atribuye. Por una parte, el aire misterioso con que habla de su “descubrimiento” de las reliquias en la abadía de San Gislén. Por otra, su irritación contra quienes afirmaban que la santa nunca se movió de Toledo, o como mucho se quedó en Oviedo. En fin, su amar-

gura cuando el jesuita Hernández se alza con el protagonismo de un traslado de la real o supuesta Santa Leocadia; traslado que ciertamente se realizó, y con toda solemnidad, pero con un Garibay de mero comparsa en algún balcón o mirador, aunque nos refiera un episodio picaresco, situado en la iglesia de las Ventas de Olías, donde el Hernández y compañía cenando «*en el lado de la epístola*», le reconoce y proclama como verdadero autor de aquella gesta. Garibay *dixit*. Hernández *non dixit*.

¿Qué le iba en ello a Garibay? Seguramente prestar un servicio a su protector el cardenal arzobispo Quiroga y a la Iglesia de Toledo. Pero, más a lo suyo, hacerse un sitio en aquella ciudad de nobles, hidalgos y alto clero toledano, él que era un provinciano sin alcurnia, sin hacienda ni grados, casado con una toledana con la que vivía modestísimamente alojado en el Hospital de Santiago de los Caballeros, sin salir a la calle, dedicado a misteriosos estudios genealógicos, no se sabía por cuenta de quién. Ya se encargaría aquella buena gente de recordarle al guipuze que a la tertulia del Conde de Orgaz no se colaba uno de rondón por cualquier esquina del marco. De hecho, para ninguno de los caballeros desconocidos que retrató el Greco se ha postulado el rostro de Esteban de Garibay. ¡Y mira que algunos llevan su aire!...

Quiero recordar, por último, algún detalle del Garibay cortesano del rey Felipe. Ante todo, su primera audiencia real. En 1575, al año de su segundo matrimonio, trata de presentar una muestra de su nueva obra nobiliaria copiada «*de letra muy rica para se la dar a su Majestad*». El 5 de abril se presenta en El Escorial, y al día siguiente, por malentendido, ¡tuvo él al Rey esperándole media hora! Grande debía de ser el deseo de don Felipe por conocer al tan traído Garibay, porque el mismo día, tras el despacho, le recibe sin mayor antesala.

¿Cómo pasó Garibay el examen? Con sobresaliente. Y no porque él lo exagere, pues no cabe mayor laconismo. Otras veces será más moroso y hasta empalagoso. Esta primera, en absoluto. Lo cual tiene mérito y revela intrepidez y aplomo, pues no todos se tenían serenos ante el déspota que —según se dijo en su elogio fúnebre— «*con un mirar torcido metió a algunos en las sepulturas*». La seguridad de nuestro hombre en sí mismo era casi temeraria.

Más adelante, ya hecho un cortesano, por orden de Idiáquez se queda unos días en Aranjuez, alternando con la gente palaciega. «*A todos di contento, y todos me hicieron mucha merced... Todos me preguntaban a qué iba, y a ninguno decía nada*».

En verano de 1591 Garibay es invitado a una ceremonia en la básica de El Escorial: la entrega, de parte del papa Gregorio XIV, del estoque y bonete para el príncipe don Felipe, y de la rosa de oro para la princesa doña Isabel. «*A todo me hallé presente, poniéndome en ambos actos frontero de su Majestad y de sus Altezas, pegado a las gradas para que me viesen cómo estaba allí*». Podría parecer que don Esteban nada-ba en satisfacción. Pues no. Los perfeccionistas patológicos disfrutaban poco, y en este caso nuestro hombre expresa su desacuerdo, porque era 24 de agosto, día de San Bartolomé, siendo así que «*esta fiesta, si se tomara en ella mi parecer, se hubiera hecho el día siguiente 25 de este mes, por ser fiesta del glorioso San Luis rey de Francia, progenitor de su Majestad y de sus Altezas*».

Pero en fin, él a lo suyo, «*la resolución de mi negocio*». Su protector Idiáquez le notifica una serie de concesiones dinerarias, de las que por desgracia no todas se materializaron. Por su parte, García de Loaysa, preceptor del príncipe, «*me ofreció con grandes veras de hacer mucho por Luis mi hijo en materia de pensiones*». No hizo nada.

En marzo de 1592 un resobrino suyo se opone a una colegiatura de Alcalá, «*y porque su mucha habilidad no se perdiese por falta de favor*», le hace recomendar por el marqués de Velada, ayo del mismo príncipe. Y «*porque llevaba la elección algo larga*», el propio Garibay aboga y lo consigue, «*e yo di las gracias al marqués de palabra y al rector por carta*». Así funcionaba entonces la Universidad hispana.

Parece ser que nuestro guipuzcoano, con sus genialidades y ocurrencias, dio algún alivio al doliente Felipe II, unas veces desplegándole los árboles genealógicos cada vez más frondosos que iba cultivando para él, demostrativos de sus derechos a la corona de Francia; otras corrigiendo posturas y gestos, emblemas y letreros, para los figurones de la Sala de Reyes del Alcázar de Segovia, en vías de restauración; o también hablando de reliquias, que eran la pasión del rey.

Una de las vetas explotadas por los agentes de reliquias fue la lipsanoteca inagotable de Santa Ursula de Colonia. Pues bien, a propósito de un envío a El Escorial, Garibay entrega al rey un memorial, como respondiendo a «*si con Santa Ursula y las Once Mil Vírgenes inglesas había padecido martirio un rey de España llamado Valerio, y díjele que no, y probélo bastantemente*». Lo cómico del caso es el espíritu crítico aplicado a lo accesorio, mientras ni se toca la fábula de las Oncemil. Pero en fin, menos mal si gracias a esta diligencia pudo evitarse la compra de una reliquia falsa.

Este tipo de errores se colaban en cuanto Garibay se descuidaba. Recordemos sólo un caso, también entre lo cómico y lo picaresco, a raíz de su primera audiencia regia. Aprovechando visita del Rey a Toledo, prepara un golpe de efecto para impresionarle. En el Alcázar se hace contradicho con el arquitecto Juan de Herrera, y juntos bajan a la cripta de Santa Leocadia, donde sin más proceden a violar las tumbas de reyes godos: «Flavio, Recesvinto y Bamba». Mientras Garibay se queda «*acabando de poner esto en orden*», Herrera va a buscar al Rey, que aparece con algunos dignatarios, «*y a algunas preguntas que hizo le satisfice, y pudiera advertirle de otras cosas...*». Aquello fue la comidilla cortesana, y otros personajes desearon ver la cripta. El conde de Chinchón se mete a cicerone, y atribuye a Bamba la tumba del lado del evangelio, y a Recesvinto la de la epístola. Craso error, «*si no fui yo, que contradiciendo a aquella con muchas razones de mayor fuerza, quedó claro y llano*» que era justo al revés. Y remacha: «*Confieso la verdad, como en todo lo demás, que si no me hallara presente a lo dicho, recibían al un rey por el otro sin duda alguna*». ¿Será preciso añadir que los sarcófagos, trasladados allí creo que por Alfonso el Sabio, carecían de inscripción que los identificase?

Así de desorientada iba aquella corte, en esto como en casi todo. Por ejemplo, nadie se sabía el ceremonial y etiqueta borgoñona, y por eso al tenaz guipuzcoano su querencia palaciega le inspiró un tratado «*de las ceremonias de la Casa Real de estos Reinos, muy necesaria en ellos, más a tienta que con la luz necesaria para los actos reales*». En aquella sociedad embarullada, donde ni el mismísimo duque de Alba, gran maestre de ceremonias, se sabía el rito borgoñón, Garibay será el erudito de alcance, el que sabe redactar un letrado de circunstancia, siem-

pre a caballo entre el mentor enciclopédico omnisciente y el pícaro espontáneo entrometido.

Esta mentalidad compleja y reveladora es el nervio de su "Discurso". Allí cada lector hallará y hollará su senda por un documento testimonial vigente, que no se agota en las reflexiones que acabo de exponer a vuestra consideración, ahora que se cumple su IV centenario.

PALABRAS DE RECEPCIÓN Y PRESENTACIÓN

Pronunciadas por

EMILIO MUGICA ENECOTEGUI

*Ekarateien zuzendari agurgarriok, Euskalerriaren Adaktidok, jauti-
andreak. Respectables Director y Presidente de la Bascongada, Amigos
del País, señoras y señores:*

Comenzaré como Tesorero, más haya calma. No voy a solicitar dinero y si decir que otro bergarés, Vicente de Liria e Idiáñez, fue el primero de los Amigos del País en el cargo. Y seguir con que, si es sencillo establecer un balance, con el magro patrimonio material de la Bascongada, resultaría insuperable, en esta emergente "sociedad del conocimiento", atender las exigencias para considerar clave estratégica sus capitales intangibles, así el humano y el relacional, como lo intentar Mercedes, el BBV o IBM. Nuestra Sociedad agranda hoy así acervo, en el que guarda consejos en bello lenguaje diacrítico como el de contribuir cada cual a las tareas en medida de sus luces y capacidades. Lo atenderé con poemas de lecturas y sensación de cocinero invitado de rindón que acogén saberes extraños, aunque una pòsika hablara de «Escribir inventarios en los libros mayores / Y de noche leer el Cantar de los Cantares»: También por recurso al haber transcurrido parte de mi edad en el Alto Deba, el paisaje de Garibay. Un poema del siglo XVII, "El Bernardo", dice «Aquellos de Vergara son los pinos / Cobn que sus edificios acompañan. / Y allí los Mondragones de Atrasate. / Y el pueblo y villa célebre de Oñate».

Jesus Moyá, profesor jubilado de la UPV/EHU, director de sus "Cuadernos de Investigación Biológica" y del equipo de la "Biblia de Jerusalén", con empeños editoriales, ha realizado un exhaustivo estudio

PALABRAS DE RECEPCION Y PRESENTACION

Pronunciadas por

EMILIO MUGICA ENECOTEGUI

Elkartearen zuzendari agurgarriok, Euskalerrriaren Adiskideok, jaun-andreok. Respetables Director y Presidente de la Bascongada, Amigos del País, señoras y señores:

Comenzaré como Tesorero, mas haya calma. No voy a solicitar dinero y sí decir que otro bergarés, Vicente de Lili e Idiáquez, fue el primero de los Amigos del País en el cargo. Y seguir con que, si es sencillo establecer un balance con el magro patrimonio material de la Bascongada, resultaría insuperable, en esta emergente “sociedad del conocimiento” atender las exigencias para considerar clave estratégica sus capitales intangibles, así el humano y el relacional; como lo intentan Mercedes, el BBV o IBM. Nuestra Sociedad agranda hoy ese acervo, en el que guarda consejos en bello lenguaje dieciochesco como el de contribuir cada cual a las tareas en medida de sus luces y capacidades. Lo atenderé con posos de lecturas y sensación de cuclillo invasor de nidos que acogen saberes extraños, aunque una poetisa hablara de «*Escribir inventarios en los libros mayores / Y de noche leer el Cantar de los Cantares*». También por recurso al haber transcurrido parte de mi edad en el Alto Deba, el paisaje de Garibay. Un poema del siglo XVII, “*El Bernardo*”, dice: «*Aquellos de Vergara son los pinos / Con que sus edificios acompaña, / Y allí los Mondragones de Arrasate, / Y el pueblo y villa célebre de Oñate*».

Jesús Moya, profesor jubilado de la UPV/EHU, director de sus “*Cuadernos de Investigación Biológica*” y del equipo de la “*Biblia de Jerusalén*”, con empeños editoriales, ha realizado un extenso estudio

sobre Garibay que vamos a publicar, aparte de esta lección de ingreso. En adelante se deberá acudir a él como, a partir de 1960, se hacía a Arocena y, desde 1972, a Caro Baroja. Me arrojo al ruedo, como el chico de la blusa de Ortega hablando a los Amigos del País en 1947⁽¹⁾, y aventuro una visión de Garibay por sus orígenes oñatiarras: traspone los apellidos, casi todo el libro primero de su autobiografía trata de Oñate, la casa de Garibay, sus armas, sus señores y la rama de Mondragón. Garibayes oñatiarras y Báñeces intervienen en el incendio del que habló y, entre los cantares que justifican llamarle vascólogo, uno se refiere al linaje Báñez; el del "doctor Mondragonensis" confesor de la Santa Teresa visitada por Garibay, con eco en el "*Boletín*" (Arocena, 1950). Para Moya es, sobre todo, un banderizo y su blasón pone el águila gamboína atacando al oñacino ciervo. Como el escudo que, a fines del XVIII, eligieron para su villa los oñatiarras, con los símbolos de los bandos.

Moya habla de mentalidades e incide en la visión antropológica de Caro Baroja. Llevar sangre de Oñati, haber estudiado en la Universidad que fundó un personaje de allí, el virrey de Navarra y después obispo Mercado de Zuazola, imprimen carácter. "Villa por sí", no fueron Gipuzcoa hasta 1845, vivieron los oñatiarras bajo la férula de los Guevara, hablan un euskara en el que Justo Gárate encontró ambigüedades hebreas y los especialistas llaman palatalizado. En los pueblos circundantes lo conocemos por *txantxiku*, interpretación grata al Amigo del País e historiador local Zumalde, frente a las que aluden al trato vejatorio que les dispensaba el Conde y tienen que ver con los sapos (*txantxikuak*). Habla asimismo de la forma de vestir mandada, todavía en 1824, para los estudiantes de la Universidad renacentista de *Sancti Spiritus* que cerró Romanones: con trajes de severo negro como el atuendo para nuestras Juntas, permitidos los uniformes y la media y pluma blancas en el sombrero, según los estatutos de 1765.

El desplante epistolar del oñatiarra Lope de Aguirre ante Felipe II contrasta con la devoción del cronista por el monarca; cuentan que Cervantes llamó ladrón al rey y Américo Castro da claves para ver que

(1) ORTEGA Y GASSET, José: "Introducción a Velázquez". Curso organizado por la RSBAP en San Sebastián, 1947. Dos años después le prohibieron una conferencia sobre Goethe y los Caballeritos, que se publicó en el "*Boletín*" (1961) 243-247, tras su muerte.

en el "Quijote" le zahiere. Se habló de parentesco por cognación entre Garibay y Cervantes, lo cierto es que compartieron acreedor, y consta el incidente de Valladolid, donde el Príncipe de los Ingenios vivía con su hermana Magdalena y su hija Isabel, al parecer de distraída moral, en la misma casa que habitaba la viuda de Garibay. Apareció acuchillado un navarro, que murió en el piso de ésta, y encarcelaron a Cervantes. Nuestro "Boletín" trató de un pariente de los Loyola que hubo de combatir la pretensión de aquella Magdalena para que hiciese honor a su palabra de casamiento (Arocena, 1950). Cabría emparejar al Garibay autoridad del castellano con Aguirre, por las cartas. De su valor idiomático habla el Amigo Elías Amézaga en su "Yo demonio..." y Justo Gárate analizó el léxico en la revista (1965), descubriendo francesismos e italianismos.

Ardiente panegerista de Garibay es Elías de Tejada, quien sostuvo que a Bizkaia y a Gipuzkoa correspondió mantener las maneras políticas sofocadas con «*el veneno europeo que importaron los Borbones*»; semejante a la salvación frente al Islam de Navarro Villoslada en "Amaya". Garibay, vascocantabrista, citó: «*O montaña Cantabrigiana / academia de guerreros, / origen de caballeros, / de do toda España mana*». Al fuerista le gusta el conservadurismo del mondragonés, *garean, gareana legez* (seamos como somos), y los pilares que ponía en la fe en Dios y la fidelidad al rey, citando su reproche a Mahoma de ser "amigo de cosas nuevas". Elías de Tejada enjuició a la Bascongada más benévola de lo esperable, salvo al que hoy llamaríamos economista Arriquirar: «*que mira más allá de las fronteras vizcainas y sacrifica ser hijo de su pueblo a ser hombre de su tiempo*». Enjuició además la pluma de Garibay, «*tallada en aceros bañados en aguas toledanas*». El Ayuntamiento de Mondragón ha publicado, para el IV centenario, "El acero de Mondragón en la época de Garibay" que incluye informes técnicos sobre muestras del mineral y restos de la espada atribuida a don Esteban.

Sus paisanos dedican a Garibay calle y monumento, hubo biblioteca municipal «*en estas casas en que nació, compuso y acabó de escribir la primera "Historia de España"*», según un rótulo. Que lo califiquen de grande e injustamente denostado podrá juzgarse poco ecuánime (yo le reprocho su aborrecer el queso), pero da pie para una reflexión. Si se repiten fantasías, que recuerdan al Garibay que habla de Tubal o las

leyendas de Araquistain, podemos también correr peligro, con la desmitificación, de caer en los vicios del canónigo Llorente, a quien instigó Jovellanos y desmintió Novia de Salcedo, entre otros. Aunque Llorente ingresó en la Bascongada, el ministro visitó dos veces el Real Seminario emparejándole el "Boletín" con el Instituto Asturiano por él creado (Caso, 1987), y la UPV/EHU editó las autoridades de que se vale el canónigo. Pero Elías de Tejada llama a Jovellanos «*máximo antivascón del reinado de Carlos IV*» y tilda a Llorente de «*venal y ambicioso*». Soraluze constató el cambio hacia la Bascongada a la muerte de Carlos III, su protector, y dice de la sucesión: «*sabida es la antipatía o mal humor con que su favorito Godoy miraba al País Bascongado*»⁽²⁾. También en esto cabe recurrir a Unamuno, cuando distinguía entre su desahucio del euskara y que lo mataran los pretorianos, o le encorajinaba ver le aplaudían por malquerencia a sus paisanos.

No quisiera tufo de compromiso en mi intervención, mas mis apostillas se referirían a asuntos no tocados hoy. Lo que Moya llama excursión propagandística por Gipuzkoa de Francisco de Borja, quien pudo predicar en Mondragón desde el púlpito usado por San Vicente Ferrer que ponía en el pasamanos «*di poco y bueno*», consejo acaso atendido por tan preclaros varones pero hartos de cumplir. Y lo que dice sobre los nombres Eneco - Iñigo - Ignacio. Chocan con otros estudios en nuestra revista (Arocena, 1951 y San Martín, 1972 y 1973), y con lo que confirma Tellechea Idigoras, biógrafo del santo de Loyola e ilustre miembro de la Bascongada. En cuanto a la familiatura del Santo Oficio, Caro la despacha comentando «*tuvo algunas actuaciones que demuestran lo celoso católico que era*», Arocena dice que «*desempeñó escasa actividad, sin duda por su condición apacible y poco amiga de violencias*» y a Elías de Tejada, claro, le parece loable perteneciera a la Inquisición. Sus destinos como Alcalde de Sacas y censor recuerdan que, dos siglos después, Humboldt hubo de repartir propinas para pasar libros y tanto Narros como Samaniego tuvieron problemas por sus lecturas.

El P. Basabe, a quien conocí en Deusto, nos visitó cuando vivíamos en Mondragón y buscaba los restos de Garibay en el convento, con

(2) SORALUZE, Nicolás: "Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Sus antecedentes y otros sucesos con ella relacionados".

espléndido escudo de Felipe II, «a cuya fundación y mantenimiento tanto ayudó y en cuya quietud quiso descansar hasta la resurrección el hijo preferido de la villa», según se extrae de otra lápida. Esto me hace rastrear su alma, que dicen vagando «porque no la quiso ni Dios ni el diablo», en el judío errante y el cura cazador que corre sin tregua con sus perros: entre nosotros “Martin abade” y “Mateo txistu”, para algunos del barrio mondragonés de Udala. Una historia faustica decía haber vendido Axular su sombra, el alma, al diablo en Salamanca, a cambio de sabiduría, y la presencia de aquella frase en el Siglo de Oro se completa con la repercusión, a través de Quevedo, en el Casona de “El caballero de las espuelas de oro”. En tanto que Lope utilizó “Garibay” para decir vasco, Unamuno se hizo eco de la leyenda y Baroja le aplicó su sarcasmo⁽³⁾. Podría pensarse que el fantasma continúa realizando prodigios; tal hay que considerar vaya a presentarse en la Casa Consistorial de Mondragón, construida como tantas cosas del país gravando el vino, otra edición de las llamadas “Memorias”. A Moya le parece bueno porque, como la suya, puede mejorar la de Gayangos e incluir notas esclarecedoras; pero surge mi reparo de economista, instruido para relacionar medios escasos con usos alternativos. Resulta difícil aceptar la escasa coordinación en lo que alguien llamó “Islas Vascongadas”, más cuando se habla con fondo del repostero que muestra las manos unidas y la divisa *Irurac bat*.

He traído observaciones de “guipuze”, según escribían al cardenal judeoalavés Mendoza, y referencias en particular al “Boletín” y a esta Sociedad, donde Moya adquiere pleno derecho. Se publicó en la revista la crítica de Simón Díaz (1946) y cuatro artículos más que tratan de Garibay (Arocena, 1948, 1966, 1968 y Garmendia Arruebarrena, 1989), divulgó el informe de Basabe (1963) e incluyó una reseña del libro de Arocena (Ciriquiain Gaiztarro, 1960). Añadiré que el recipiendario ingresa en una entidad que, reunida al conjuro de Altuna, el amigo de Rousseau, y del “Discurso preliminar” de Peñaflorida, se ha preguntado hace diez días por la tolerancia en sus vertientes religiosa y política. Bienvenido, Jesús, *ongi etorria*.

(3) «Demostró ce por be en su “Compendio historial” que el patriarca Tubal Caín hablaba vascuence y que había sido vecino de Mondragón y uno de los antepasados del historiador vasco. Probablemente el patriarca Tubal viviría entre Erdikokale y Olatekale y tomaría chiquitos en la taberna de Bashili» (“El País Vasco”).